

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 348

Barcelona, 15 de Enero de 1938

Av. 14 de Abril, 556

El hecho
tiene fuerza
suficiente para

que pese en la conciencia de los falsificadores de esta lucha, entre los cuales figuran, por cierto, en primer término, los obispos españoles...

FALSO TESTIMONIO

El obispo de Teruel y la carta colectiva

Monseñor Polanco, obispo de Teruel, prisionero hoy de las tropas republicanas, es uno de los firmantes de la carta colectiva que los obispos españoles han dirigido hace meses, por encargo de Franco, a los obispos del mundo entero. Se trata, pues, de una autoridad eclesiástica que ha tomado partido en la guerra actual a favor de los rebeldes.

Quizá la propaganda facciosa no quiera enterarse de que se le ha respetado la vida. Pero la verdad es que, sin ninguna violencia, sin enconos ni humillaciones, aun estando calientes los cuerpos de los soldados leales que cayeron en el sitio de la ciudad, el prelado aguarda la decisión de la ley, que no ha sido forzada contra él ni contra ninguno de los aprehendidos allí. El hecho tiene fuerza suficiente para que pese en la conciencia de los falsificadores de esta lucha, entre los cuales figuran, por cierto, en primer término, los obispos españoles, cuyo designio ha sido escandalizar al mundo con los desmanes de los «rojos».

El documento que encabezaba el cardenal Gomá y suscribía también el obispo de Teruel, fué escrito principalmente para rechazar ciertas críticas de una parte, la más sana de la opinión católica internacional, que reprochaba a la Iglesia española su adhesión activa a la guerra civil. A los verdaderos católicos, que no son muchos ciertamente, les costaba trabajo aceptar que en nombre de la doctrina de la paz y del perdón se estimulase la violencia y el crimen. Los obispos pretendían sincerarse con sus correligionarios—aquí sí que está bien aplicado el sustantivo—de la conducta observada antes de la rebelión, y aun en la rebelión misma, y de paso aportar testimonios favorables a la propaganda franquista. No vacilaron para ello en infringir uno de los mandamientos, el que manda no mentir, porque mintieron sin recato al afirmar que los excesos y asesinatos cometidos por las fuerzas rebeldes «se debieron a error y por iniciativa de gente subalterna». Al mismo tiempo aseguraban que siempre han sido mayores las atrocidades de los «rojos» que las registradas en el campo «nacional».

El obispo de Teruel tendrá que reconocer la falsedad de semejantes afirmaciones, divulgadas por el mundo entero para perjudicar la causa de la República. Los miles de personas asesinadas en su diócesis lo fueron en su mayoría por disposición de las «autoridades» franquistas. La muerte monstruosa de aquel diputado Vilatela, modelo de hombres puros, cuyo único delito era haber vigorizado con actos nobilísimos el movimiento democrático turolense, fué acordado por los militares y sus cómplices. Las dos muchachas, funcionarias del Estado, que por simpatizar con el Frente Popular cayeron víctimas del furor fanático de los facciosos, acusan la vesania de esos verdugos, a los cuales la mano arrugada del prelado habrá pretendido santificar alguna vez con una bendición indulgente. No fueron subalternos, en este caso, los asesinos, como no lo fueron en ninguna capital ni en ningún pueblo, donde miles de personas perecieron por orden de los sádicos jefes de la rebelión.

Es que la crueldad y el exterminio forman parte del plan trazado por los traidores. Aquí se han traído los métodos del fascismo extranjero, que preconiza el terror político y la guerra total, de la misma manera que en las instrucciones del Estado Mayor rebelde se recomienda, según la concepción alemana de la guerra, que se prefieran como objetivos militares las ambulancias y

los hospitales «porque es cosa que desmoraliza al enemigo», se recomendó a los jefes militares y a los delegados civiles que llevasen a cabo esas «operaciones de limpieza» que condenaban a muerte, de antemano, a toda persona de matiz izquierdista por leve que éste fuese. Los rebeldes conocían de sobra la aversión del pueblo por su causa y procuraban establecer su dictadura aniquilando a todos sus enemigos. Franco lo dijo cínicamente cuando afirmó que no retrocedería en su intento aun cuando tuviese que exterminar a dos terceras partes de la nación.

Lo sabían los obispos y ayudaron complacidos a este inmenso crimen. El de Teruel habrá podido comprobar ahora, aunque tenía que estar convencido de antes, que no hay paridad entre el proceder de los facciosos y el de las fuerzas republicanas. Los prisioneros de Teruel y entre ellos él mismo han sido respetados. Ni la represalia ni la venganza están en el ánimo de los vencedores. A la República española no le dicta su sistema ninguna fuerza extranjera, que, al operar en territorio extraño, carece de sensibilidad para apreciar el valor de aquellos españoles que siguen fieles a sus propios sentimientos.

Este es otro aspecto de la carta colectiva de los prelados. Allí se dice que el Komintern preparó en España la revuelta «roja» y que son ejércitos extranjeros los que luchan contra los «nacionales». El infundio aparece ahora más terminante que nunca a los ojos de monseñor Polanco. ¿Fueron soldados rusos los que le capturaron en Teruel después de haber vencido a las fuerzas de Franco? Hombres todos de nuestra tierra y de nuestra lengua, convertidos en militares al servicio de un Gobierno legítimo, han rescatado para la República a una ciudad española. En cambio, su ilustrísima habrá podido contemplar—supongo que con el corazón lacerado—las bandadas de mahometanos, de italianos y de alemanes que pululaban por Teruel al servicio de la causa «nacional». En el escrito que firmó monseñor Polanco no se habla nada de esto. Es decir, sí, se hace constar que «la prudencia de los hombres de Gobierno—del Gobierno franquista—hará que no quieran aceptar moldes extranjeros para la configuración del Estado español futuro». Los obispos tenían sus temores acerca del fascismo. Pensaban, quizá, que al participar en la lucha ejércitos extraños, terminarían por imponer su tutela política. La sospecha está absolutamente confirmada; pero los obispos no han tenido la gallardía de reconocerlo, confesándose una vez más cómplices de los generales que por despecho entregaron tierra española a los invasores. Lo monstruoso en este caso es que el régimen que Franco les ofrece ha sido trazado por los heréticos inventores del anticristianismo alemán. Los que se llaman reconstructores del Imperio católico piensan triunfar en la cruzada con ayuda de moros y paganos. Los moros combaten en la primera línea y los alemanes van organizando el Estado totalitario, tal como lo concibe Hitler, el cual, sin ser Napoleón, es capaz de amenazar al Papa, cualquier día, con encerrarlo en una de sus cárceles. Tal es el régimen que con fingida exaltación patriótica han defendido los obispos, entre ellos monseñor Polanco, pastor de lobos, que no de corderos, en Teruel, que estampó su firma en una carta llena de falsedades.

J. DÍAZ FERNÁNDEZ

(Escrito expresamente para el «Servicio Español de Información».)

Los facciosos reprochan ahora a Rey d'Harcourt que no sea «un jefe completamente español»

París, 13. - Comunican de Hendaya a la Agencia España que Radio Bilbao, después de haber acusado a Rey d'Harcourt de ser el único responsable de la caída de Teruel, dice que «ESTO NO HUBIERA OCURRIDO NUNCA CON UN JEFE COMPLETAMENTE ESPAÑOL; PERO EL TRAIADOR TIENE SANGRE FRANCESA EN SUS VENAS POR PARTE DE MADRE».

Lo que España desea de sus visitantes

Empieza a envanecernos que nuestra Causa alce de sus asientos a los políticos que sorbían su taza de té sin tomar en consideración nuestra agonia. ¿Es que la pasión española carecía de rango vital para influir en la flemia inglesa? ¡Cuántas veces nos hemos hecho esta pregunta!... Pero he aquí que afluyen a nuestro suelo ingleses de calidad, y aquella desesperanza por que se presenciara impasiblemente nuestro desgarramiento, se diluye bajo estas sonrisas cordiales.

Nos atribuíamos el derecho a ser tenidos como una nación respetable, libre y mayor de edad, asociada a la comunidad ginebrina. Creíamos que los convenios poseían fuerza de obligar a los contrayentes. Suponíamos que una vez agredidos, ya que no nos ayudasen nuestros amigos, no llegarían a privarnos del fuero de comercio, a fin de que no adquiriésemos, ni en buena y contante moneda, las armas precisas para reprimir un alzamiento y una invasión. Estos hechos extraordinarios han ocurrido, de manera que acertaron los recelos del español, antes que sus presunciones correctas. Parece ser que el realismo conservador británico tenía la culpa. Y para coherenstarla con una justificación bastante reputada entre la vieja clientela burguesa del Continente, se permitieron, sin enmiendas, cuantas patrañas «rojas» era capaz de producir el egoísmo imperial.

A los españoles, entretanto, no nos preocupaba la sanción severa que la Historia, según dicen, suele reservar a la mala conducta de los héroes y de los pueblos. Suponemos que a mister Chamberlain tampoco le quitaría el sueño este reparo. Si nos interesaba, en cambio, un aspecto elemental del problema: que se nos conociera a lo vivo. Que el juicio extranjero se formara después de hollar las calientes cenizas de nuestras aldeas bombardeadas y de convivir con nuestros soldados y nuestra retaguardia; es decir, recogiendo las lecciones de nuestro trabajo, de nuestros esfuerzos gigantescos para vencer la asfixia de la «No Intervención» y convertir nuestra soledad en fe creadora.

No que se nos ayudara: que se nos conociera. He aquí cuanto los españoles éramos capaces de solicitar de los ingleses. Ello requería —nos hacemos cargo— obligar a la opinión británica a una nueva discriminación de su realismo, faena torturante para un pueblo que se caracteriza por arrellanarse en sus conceptos provisionales hasta que adquieren categoría de tradiciones. A despecho de esta resistencia psicológica, la zona más sencilla de la política inglesa—por eso la más soñadora y predisuelta a la justicia—nos ha enviado su «élite». Nos referimos a estos excelentes laboristas que saben bañar con su simpatía las preguntas más inesperadas. Tenemos la certidumbre de que cuando regresen a Londres iniciarán, de grado o por fuerza, una revisión del realismo gubernamental. Teruel los ha convencido de que nuestro Ejército no es una horda, y sus pasos por nuestras ciudades y nuestros campos les han mostrado el fuerte estoicismo racial de los españoles, sabedores como ningún otro pueblo—en medio del quehacer, con la manquera empuñada o soplando la fragua—de que cualquier hora es buena para morir, con tal de que ello se haga dignamente. No es muy agradable cargar con una experiencia que deprime a quien la lleve, si es demócrata y regresa de España. Justamente este sacrificio es el que nos obliga a agradecer la presencia de los buenos y joviales amigos laboristas. («La Vanguardia», Barcelona, 14-1-38.)

**El «SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN»
se publica diariamente en castellano y
en francés, y los lunes, miércoles y viernes,
en alemán, italiano
e inglés respectivamente**

Los laboristas en el Parlamento de la República

A primeras horas de la madrugada de ayer jueves, de regreso de su visita a Valencia y frentes del Centro, llegaron a Barcelona los parlamentarios ingleses que han permanecido unos días en España, invitados por el Gobierno de la República.

UNA RECEPCION EN EL PALACIO DE LAS CORTES

Ayer al mediodía se celebró, con gran brillantez, una recepción en el palacio del Parlamento de la República en honor de los diputados laboristas ingleses.

La animación en el palacio de las Cortes republicanas y del Parlamento de Cataluña era extraordinaria. Acudieron a recibir a los ilustres visitantes numerosos diputados de ambas Cámaras, además de ilustres personalidades del Gobierno, de la política, de los organismos oficiales y de las letras y el periodismo.

Desde primeras horas estaba en su despacho el presidente de la Cámara catalana, don Juan Casanovas, quien recibió a los parlamentarios ingleses, acompañándoles al de don Diego Martínez Barrio. En el despacho del presidente de las Cortes de la República tuvo efecto la recepción.

Con objeto de saludar y complementar a los ilustres visitantes se encontraban en el palacio de las Cortes los diputados señores Pérez Jofre, Amador Fernández, Aliseda, Pérez Larria, López Goicoechea, Jáuregui, Díaz Pastor, Méndez, Zulueta, Jené, Bañeras, Ossorio Tafall, Vergara, Lacasta, Fernández Clérigo, González Peña, Velao, Alvarez del Vayo, Lamonedá, Artigas, Tejero, Viguri, Pasagali, Muñoz González y Castelao, entre otros, del Parlamento de la República, y los señores Bru Jardí, Arnau, Irla, Ibars, Riera, Sauret, Dot, Rubió Tuduri, y Simó, del Parlamento de Cataluña. También asistieron a la recepción el ministro de Estado, señor Giral, con el subsecretario de dicho departamento, señor Esplá; subsecretario de la Presidencia del Consejo, señor Prat; los ex ministros señores Albornoz y Barcia; comisario general de Guerra, don Crescenciano Bilbao; jefe de los servicios de Intendencia, señor Fernández Marín; secretario del Gabinete de Prensa de la Presidencia, señor Sanchis Nadal, etc.

Con los diputados ingleses estuvieron también en el palacio del Parlamento el redactor del «Daily Herald», Swaffer, y el secretario del Comité de Ayuda a España de Noruega, Bergerson.

Los parlamentarios ingleses fueron recibidos a su llegada al pie de la escalera de honor por el subsecretario de la Presidencia del Consejo de ministros, señor Prat; por el oficial mayor del Parlamento de la República, señor Cuevas, y por el mayordomo del Parlamento, señor Dalmau Costa.

Durante la recepción, celebrada, como decimos antes, en el despacho del presidente de la Cámara, el comisario general de Guerra, don Crescenciano Bilbao, hizo entrega a los diputados laboristas ingleses de unos ejemplares en español e inglés con las bases directrices de nuestro Comisariado.

Los parlamentarios ingleses expresaron a los reunidos la admiración que les ha causado el espectáculo de disciplina y entusiasmo que han podido presenciar

durante su visita a la España leal. Ponderaron el efecto que les causó su visita a la Escuela Popular de Guerra, de Valencia. Dijeron que se llevan a su país la impresión firmísima de que la victoria del Ejército de la República es indiscutible.

El ilustre dibujante Bagaría hizo las caricaturas de los parlamentarios ingleses.

Después de la recepción fué servido, en el bar del Parlamento, un lunch, entablándose animados diálogos. Los diputados ingleses volvieron a expresar su optimista visión en cuanto respecta al porvenir de la causa republicana española. Hicieron un caluroso elogio de la labor realizada por el Gobierno, del admirable espíritu de colaboración del pueblo español y de la disciplina, abnegación y valor heroico de los combatientes del Ejército Popular, que tan brillantes victorias vienen alcanzando para bien de la democracia mundial.

El ilustre redactor del «Daily Herald», Swaffer, manifestó que la impresión que le ha causado la visita al frente y a la Escuela Popular era muy superior a la que había forjado su optimismo.

—Estoy convencido — dijo — que son patrañas y embustes las informaciones que facilitan las radios facciosas y algunas radios extranjeras acerca de la desorganización que dicen reina en la España leal; pero aun no creyendo en estos embustes y patrañas, he de confesar que me ha causado una profunda impresión la alta moral, la disciplina, el espíritu de organización y la fe en la victoria que he observado entre los combatientes y en la retaguardia. La Escuela de Guerra, que visité ayer, es algo formidable, propio de un gran ejército.

En iguales términos se expresó el ex ministro Mr. Shinwell, que, además de ser ministro de Minas en el primer Gobierno laborista, pertenece al Consejo Superior de Guerra. Esta personalidad dijo también que ha visto grandes ejércitos dotados de formidable armamento, aviación, fusiles, cañones, tanques; pero que nunca había visto un ejército animado por un ideal como lo está el Ejército de la República. Dígase lo que se quiera — agregó — la técnica, indudablemente, influye en el resultado de los combates, pero cuando un ejército se halla huérfano de ideal, no puede vencer nunca. Como que ahora el Ejército de la República, además de estar dotado, como su enemigo, de un espléndido material, tiene por encima de ellos un ideal, es indudable que la victoria ha de ser suya.

Dijo también que había visto, por primera vez, comer reunidos en un mismo comedor a los jefes y oficiales y a los soldados, cosa que he podido presenciar — dijo — en la Escuela de Guerra, de Valencia.

Después del lunch los diputados laboristas ingleses salieron al balcón principal del palacio del Parlamento, desde donde presenciaron el magnífico desfile que en su honor realizó un batallón de nuestras tropas alpinas. Al frente de dicho batallón marchaba el comisario general de Guerra, señor Bilbao. El paso de nuestros soldados fué acogido con entusiastas vítores a la República.

El representante del «Daily Herald», hablando con los periodistas acerca de la agradable impresión que le había producido el

desfile del batallón alpino, dijo:

—El Imperio británico tiene un Ejército completo, con todas las armas. Está distribuido en todos los dominios que forman, parte del Imperio. Hay secciones del Ejército británico que incluso van en camello; pero el Ejército del Imperio inglés, que está habituado a todos los climas, no tiene alpinistas, ya que el único dominio en que podía haberlos es en el Canadá, pero no se ha hecho preciso dadas nuestras buenas relaciones con los Estados Unidos.

TIME IS MONEY (UNA INTERVIU CON EL DIPUTADO STRAUSS) REGRESO A SU PAÍS

En su estancia en Barcelona — última de su permanencia en España —, los parlamentarios ingleses han realizado una insuperable demostración del cultivo de este aforismo. Después de haberse asomado, a través de centenares de kilómetros, a los más característicos paisajes de nuestro frente y de nuestra retaguardia, llegaron a la ciudad con tiempo apenas para cambiar de traje y hacer una comida apresurada. A la hora señalada, las dos y media de la tarde, la expedición se volvía a poner en marcha hacia la frontera.

Antes, pero — inexplicable enigma —, han hallado ocasión para, entre otras múltiples cosas, descansar, asistir a la recepción en su honor en el Parlamento y comer en el Hotel Majestic y liquidar su balance cronológico con un superávit de algunos minutos.

Pero este superávit de inactividad no ha podido paladearlo Mr. Strauss, el jefe de la expedición. Fortificados en la precisión de obtener unas nuevas manifestaciones suyas, se lo hemos arrebatado inopinadamente. Su defensa ha fracasado ostensiblemente ante nuestro ataque «a lo Saüer».

—¿Qué puedo decirles de nuevo sobre la impresión que hemos sacado de nuestro viaje? Que es magnífica, inmejorable... Y esto ya lo saben en Inglaterra a través de las manifestaciones que hemos adelantado a la Prensa...

—Después de lo que nos expuso el Mayor Attlee, sabíamos que sería así — dice Mr. E. E. Williams, que se sienta a la misma mesa —. Con todo, confieso que es mejor de lo que presumiámos.

—Ciertamente — añade mister Shinwell, el ex ministro de Minas —. Y eso a pesar de que la pintura que nos hizo no podía ser más optimista. Esto es una prueba del ritmo acelerado con que mejora la España republicana.

—Pero, ¿qué les ha impresionado mejor durante el viaje?

—Es difícil escoger — responde Mr. Strauss —. Podíamos decir que todo. Los hospitales, las fábricas de armas y municiones, en las que han llegado a un asombroso perfeccionamiento; las escuelas, los servicios de asistencia...

—¿Y nuestro Ejército?

—Magnífico, maravilloso. Viendo su entusiasmo y su preparación técnica y material para la guerra moderna, se explica uno perfectamente sus éxitos ante adversarios de la experiencia bélica de Alemania e Italia. Con un Ejército así, se halla, in-

Después de presenciar el desfile de los soldados alpinos, los parlamentarios ingleses se despidieron de los señores Martínez Barrio y Casanovas, y de los diputados y personalidades que se hallaban en el palacio de las Cortes.

El ex ministro inglés señor Shinwell dijo al señor Martínez Barrio:

—Adiós, señor. ¡Victoria!

Los diputados ingleses abandonaron el palacio de las Cámaras en medio de grandes vítores a la República.

cuestionablemente, salvaguardada la libertad ante el invasor del pueblo que lo posea. Y lo más asombroso es que se ha creado en tan breve tiempo y con tan adversas circunstancias, y que en un principio, como materia prima, sólo tenía un formidable material humano: los pechos de los antifascistas españoles.

—Hemos visto también — interrumpe otro de los parlamentarios — que el orden público es absoluto, en contraste totalmente opuesto a lo que en este aspecto propagan los fascistas, y que en un principio fué uno de los factores que hizo que en el extranjero, y particularmente en Inglaterra, se formasen una idea deformada de la situación interior en el territorio republicano, una idea completamente injusta. Claro que primero lentamente y ahora con bastante rapidez, empieza a conocerse la verdad. El Mayor Attlee abrió el fuego de esta cruzada, seguiremos nosotros, nuestros compañeros, y posiblemente lo hagan ya otros sectores, y nuestro esfuerzo no cesará hasta que el último ciudadano inglés sepa cuál es la España actual y el país os ayude, como debiera haberlo hecho desde el primer momento...

—¿Cuál será, en síntesis, vuestro informe al llegar a Inglaterra?

—No es preciso que os lo digamos — responde Mr. Strauss —. Será optimismo en vuestro favor. Seguidamente iniciaremos una activísima campaña de divulgación; hablaremos en mítines; diremos la verdad a nuestros compañeros del Parlamento, la divulgará también nuestra Prensa. En este aspecto, Mr. Swaffer proyecta la publicación de numerosos artículos y la dirección de una intensa propaganda periodística.

—¿Qué resultados inmediatos esperan?

—Muchos. Pero es preferible no precipitarnos en el optimismo. Confío en un muy eficaz resultado de nuestra labor. Hasta en posibles y satisfactorias sorpresas...

Una llamada telefónica se ha llevado por un momento a nuestro interlocutor. En el intervalo, escuchamos el cálido elogio de mister Williams a la Academia de Carabineros, y particularmente a la Escuela Popular de Guerra.

—La envidia de todos los ministros de la Guerra cuando la conozcan — encomia festivamente.

Mr. Strauss ha regresado. Va embutido en su abrigo pardo y ceñido con el inseparable estuche para prismáticos.

—Mr. Strauss, no se vaya aún. ¿Cómo ve la España futura después de haberse libertado del fascismo?

—Será un gran país. Un gran país democrático, básicamente socialista. El nivel de vida mejorará mucho, colocándose al nivel de los mejores en este sentido. Se habrá eliminado la posibilidad de que el obrero sea explotado, y el proletariado español será un exponente de libertad y de bienestar totalmente opuesto a lo que querían hacer de él los militares sublevados.

—¿E internacionalmente?

—También España dará un gran salto adelante. Y en intensa cooperación con las demás democracias, su actuación influirá notablemente en la expansión de los principios democráticos en el mundo y en la creación de un incontenible movimiento de los países antifascistas para anular rotundamente las influencias imperialistas que actualmente perturbaban la paz.

—¿Sitúa usted el ejército futuro en el mismo plano?

—Sí. En la misma casilla de importancia de los otros aspectos. Será, empero, un ejército de paz. Una salvaguardia de los principios de la libertad.

El superávit de minutos se ha agotado. No obstante, aun preguntamos:

—¿Cómo ve usted el proceso de la derrota del fascismo en España? ¿En qué tiempo?

—Carezco de elementos de juicio suficientes en el aspecto militar para concretar sobre este punto. En mi opinión, será la acumulación de diversos factores la que iniciará una liquidación bastante acelerada.

—¿Victorias de nuestro Ejército? ¿Retirada de la ayuda extranjera?

—Esto último puede casi calificarse de inevitable. Mussolini se agotará tanto en esta aventura, que para evitar algo peor deberá abandonarlo. La situación interior de Italia es pésima. Y cada vez se agudiza más. Llegará un momento insostenible y...

—Bien. Pero, ¿y Alemania?

—Alemania se retirará rápidamente, apenas se inicie el desfile de Italia.

Y después de estas palabras se ha terminado la entrevista. Mister Strauss se ha despedido con un hercúleo apretón de manos y un sonoro *Good Afternoon*. Antes hemos perseguido hasta el «hall». Teníamos una última pregunta ya descorchada:

—Mr. Strauss, un momento. Ustedes han visitado a los prisioneros italianos. Díganos algo sobre esto... Por ejemplo...

Pero la sinfonía de «claxons» de la caravana, ya presta a partir, ha ahogado nuestras palabras en el fondo de un «allegro» furioso...

RAFAEL GONZÁLEZ

(«La Vanguardia», Barcelona, 14-I-38.)

Cunden las deserciones en el campo rebelde

Gibraltar, 13.—A fin de evitar las cada día más numerosas deserciones que se registran en las filas del ejército de Franco, ha sido designado un destacamento de caballería franquista en la zona neutral situada entre los territorios rebelde y británico. Fabra.

El episcopado español y la guerra civil

Por LUIS DAVID CRUZ OCAMPO

V El Frente Popular y las elecciones de 1936

Desde los comienzos de la guerra —asegura el documento episcopal— ha aparecido claro que una de las partes beligerantes iba a la eliminación de la religión católica en España. Sin embargo de esta claridad de visión que tiene el Episcopado, los hechos que se invocan para fundamentar el aserto y las observaciones ya formuladas anteriormente, permiten sostener que es muy discutible el alcance que el Episcopado ha atribuido a los hechos. Además, frente a estos hechos hay otros que transforman en inaceptable la orientación antirreligiosa que se atribuye a los partidos leales al Gobierno republicano. Esos hechos, por no citar sino los de mayor relieve, son: la posición adoptada por los católicos vascos en contra de los rebeldes y la adhesión al Gobierno español de figuras sobresalientes dentro de los elementos católicos, tales como Osorio y Gallardo, representante del viejo espíritu español, y José Bergamín, el brillante espíritu que encarna las aspiraciones de las generaciones jóvenes. Por otra parte, parece inexplicable que una guerra en defensa de la religión católica sea hecha con ayuda de los protestantes alemanes y los mahometanos del África.

Después de las consideraciones destinadas a probar el espíritu irreligioso de los partidos sostenedores de la República, la Pastoral invoca, como justificación del empleo de la violencia, las orientaciones comunistas del Frente Popular. Naturalmente, nadie está obligado a simpatizar con tal o cual grupo político, y cada cual puede combatir al que no le parezca aceptable. Pero es algo que revela una lamentable pobreza de recursos intelectuales el atribuir siempre a su adversario tendencias comunistas para librarse de discutir sus programas y obtener la adhesión de las gentes adineradas. El comunismo es una doctrina precisa que tiene principios fundamentales sin la concurrencia de los cuales no hay comunismo. Así como no se puede ser católico, por ejemplo, si no se aceptan ciertos principios, tampoco se puede ser comunista si no se acepta la comunidad de los medios de producción y de transporte u otros esenciales. Las clases detentadoras del poder político y económico esconden detrás de la palabra comunismo toda clase de propósitos. Un propósito de conquista territorial, un deseo de hegemonía política, una simple maniobra de especulación internacional, todo aquello que sería resistido si se mostrara en su verdadera naturaleza, encuentra ardorosa adhesión cuando se asegura que todo eso se hace «para combatir el comunismo». Es la frase omnipotente que abre las puertas hacia la riqueza y los honores; es el «ábrete sésamo» que franquea la entrada a los tesoros acumulados por la fantasía en las Mil y una Noches.

Sólo así, atribuyendo un sentido antojadizo a la palabra comunismo, se puede hablar de orientaciones comunistas del Frente Popular. Un testimonio tan poco parcial en favor de la izquierda, como el de Angel Marvaud asegura que el Frente Popular rechazó la inclusión en su programa de los siguientes puntos: 1.º Nacionalización de la tierra; 2.º Nacionalización de los Bancos; 3.º Control obrero en las fábricas; 4.º Indemnización por cesantía (1). «En general —añade el mismo autor—, el programa era en conjunto el mismo que los primeros Gobiernos re-

publicanos había comenzado a realizar». O sea, el programa de aquel Gobierno a cuyo lado se puso la Iglesia de España, según lo recuerda la Pastoral.

¿Puede sinceramente ser llamado comunista un Gobierno que elimina de su programa los puntos que se acaban de señalar? ¿Debería suponerse que el Episcopado no conocía el programa del Frente Popular? ¿Podría aceptarse, por otra parte, que el Episcopado ignorara lo que es esencialmente el comunismo, siendo la Iglesia la única institución que practica el comunismo, en ciertas congregaciones de religiosos? Es forzoso concluir que la Pastoral usa indebidamente la calificación de comunista aplicada al Frente Popular.

Por último, la Pastoral presenta datos valiosos para apreciar la irreligiosidad de los leales al Gobierno. Según las estadísticas eclesiásticas, de todos los individuos que los rebeldes se han visto en la necesidad de fusilar, sólo el 20 por 100, en el más desfavorable de los casos, han muerto sin confesión. O sea, la estadística episcopal demuestra claramente que el Episcopado no tiene razón, puesto que el 80 por 100 de los antirreligiosos son católicos que se confiesan y comulgan. Es difícil que este porcentaje pueda ser superado en las filas rebeldes integradas por mahometanos y protestantes.

Queda todavía una última causa que serviría para justificar la rebelión y la actitud del Episcopado. Se trata de la existencia de fraudes que viciaron el acto electoral que dió el triunfo al Frente Popular en febrero de 1936.

En noviembre de 1933, la derecha ganó las elecciones generales, poniendo en práctica la complicada técnica de ardid en que se hizo maestra durante la monarquía. Los abusos fueron tan manifiestos, que el pueblo, sin armas y sin generales, se levantó en rebelión seis días después de terminado el acto electoral. No se publicó Pastoral alguna en ese tiempo sosteniendo el derecho a la rebelión, por razón de fraudes electorales. Tampoco se publicó Pastoral alguna de esa especie durante la monarquía, no obstante que la corrupción era tan grande que un hombre de las derechas, José Pemartín, dijo que la vida política de España estaba prostituida «por la mentira de las elecciones» (2).

Durante el período legislativo en que la derecha tuvo el predominio en el Congreso, la izquierda pidió la reforma de la ley electoral; y la derecha se negó a toda modificación, posiblemente con la esperanza de volver a aprovecharse de ella o bien porque la encontraba justa. En uno u otro caso no ha tenido autoridad moral para hacer reclamaciones que pudo haber evitado en la reforma legal que se le solicitó inútilmente. En realidad, la derrota de las derechas en febrero de 1936, se debió «a una política estéril de tres años, durante los cuales la vida económica del país no había hecho sino empeorar, sin que ninguna medida eficaz se hubiera tomado para ponerle remedio» (3).

«Afirmamos ante todo —dice la Pastoral— que esta guerra la ha acarreado la temeridad, los errores, tal vez la malicia o la cobardía de quienes hubieran podido evitarla gobernando la nación según justicia». Así dice la Pastoral refiriéndose al quinquenio que precedió a la rebelión. Pero, ¿desde cuándo no se gobernaba a España «según justicia»? ¿Se gobernaba «según justicia» durante la monarquía y antes de ella?

Un crítico alemán que sabe a qué atenerse

Después del crítico militar del *Frankfurter Zeitung*, he aquí que sale a la palestra el coronel von Paenecke. El coronel Paenecke ha publicado en el *Anuario del Ejército alemán para 1938* un artículo sobre la guerra española. Es agrio, duro y clarísimo. Y sus juicios pueden ser resumidos así: «En España, los españoles franquistas y los italianos no hicieron todavía nada glorioso ni inteligente. Los éxitos que han logrado hasta ahora, se debieron a la aviación alemana.»

¿Exageraciones? Véase uno de los párrafos esenciales del trabajo en cuestión:

«El empleo de aviones, con el tiempo, ha llegado a ser una condición táctica de la iniciación del ataque. Con esto se ha acostumbrado muy mal a la infantería, que ya no lucha, sino que va a ocupar las posiciones destruidas, una vez que han sido desalojadas por el enemigo. Un observador atento no debe engañarse y ha de reconocer que los éxitos de Bilbao y Santander no tuvieron otra base; y, además, el enemigo no era de importancia. A pesar del gran papel que ha desempeñado la aviación en España, nadie ha clamado tanto por una buena infantería como los pilotos. Estos se hallan convencidos de que su excelente arma guerrera (la aviación) puede influir de un modo notable en la contienda, pero saben que la aviación sola no puede decidir la guerra. Todo su esfuerzo es inútil si después de su actuación no viene la división de infantería para conquistar y sostener los puntos decisivos.

Sí. Ya lo habíamos advertido en el Norte de España. Al antiguo concepto del ataque a fondo —la artillería prepara y la infantería avanza y ocupa— había sustituido otro muy distinto. En vez de tormentarias terrestres, aeroplanos de caza y bombardeo. Desde abril a noviembre del año pasado, el ejército rebelde, nominalmente a las órdenes de Franco, obtuvo todos sus laureles gracias a una enorme e incontrastable superioridad en aviación. Las trincheras y reductos de vascos, santanderinos y asturianos, eran bombardeados y ametrallados por docenas y docenas de aparatos. Y cuando sus defensores, aniquilados, extenuados, barridos o con los nervios rotos, habían abandonado las posiciones confiadas a su custodia y vigilancia, se adelantaban los flechas negras, los requetés, los moros, los terciarios y las ocupaban sin lucha... Esto sucedió infinitas veces, de Eibar y Durango a Gijón y Belmonte, en la primavera, el verano y el otoño de 1937. Von Paenecke lo sabe bien. Sin duda leyó los informes secretos de los militares alemanes del cuartel general de

Franco. Podía, pues, reducir a su valor verdadero las trompeteadas victorias facciosas e italianas.

No nos engañemos. La infantería sigue siendo la reina de las batallas. El material es indispensable; pero sin el hombre, el material sólo sirve para botín de guerra del enemigo victorioso. Cañones, ametralladoras, aviones, carros de asalto, explosivos... Sí. Todo eso es necesario ya. El Ejército que no disponga de ello correrá la suerte del abisinio. Pero siempre—¡siempre!—el elemento humano tendrá la primacía. De lo contrario, los gobiernos fabricarían autómatas y los alinearían en los frentes y los harían funcionar por medio de ondas. Se volvería, de algún modo, al condotierismo de la Italia del siglo XVI. Los Sforza, los Vitelli, los Colleone, serían robots perfeccionados, insensibles al miedo y a la compasión. Y la nación más hábil y pronta en fabricarlos, se aseguraría, rápidamente, la hegemonía universal.

Von Paenecke se ha hecho, en el *Anuario del Ejército alemán para 1938*, portavoz de las quejas de los aviadores mercenarios teutones que operan en nuestra Península. Seguramente, se lamentan en sus reuniones íntimas de que los facciosos lo esperan todo de los *Heinkels* y *Junkers*. Y exigen que no se les ordene misiones excesivamente peligrosas. Crean que toda acción táctica o estratégica requiere el esfuerzo armonizado de todos los elementos ofensivos y defensivos de un Ejército en campaña y creen también, y no les falta razón, que ningún arma debe adornarse con los trofeos sangrientos conquistados por otra.

¿Celos? ¿Rivalidades nacionales? Algo más. Y tal vez mucho. Porque en la entraña de esas fuertes y despectivas críticas, hay un gran desprecio... Un gran desprecio hacia las espectaculares brigadas de infantería italianas. Un gran desprecio, igualmente, hacia la híbrida y repugnante «macedonia» de gentes de diversas razas y colores, a que llama Franco Ejército nacional de España.

Y estamos seguros de que von Paenecke, cuando escribía su trabajo—que habrán leído en Salamanca y en Roma con despecho y furia y quizá con remordimiento—, sentía un respeto inconfesado, casi salido de la subconsciencia, por el novísimo e improvisado Ejército de la República, ese Ejército que ha resistido en las cercanías de Teruel bombardeos aéreos y cañoneos terrestres horripilantes y que luego, lejos de ceder el campo, contraatacaba bravamente sobre la nieve roja...

F. V.
(Escrito expresamente para el «Servicio Español de Información».)

La prensa fascista confiesa al fin la rendición total de Teruel

Roma, 12.—Por fin se ha decidido la Prensa fascista a decir que Teruel pertenece a las tropas republicanas. Todos los periódicos publican correspondencias cortadas por el mismo patrón, en las cuales se da cuenta de la evasión de la ciudad de 150 soldados falangistas y guardias civiles, dirigidos por un sacerdote. El «Corriere della Sera» dice que el sacerdote iba disfrazado de guardia civil. El «Popolo d'Italia» escribe que «parecía un bandolero». Los diarios dicen que los defensores de Teruel se hallaban sitiados y sin contacto con las tropas nacionalistas desde hacía tres semanas, desmintiendo así todas las informaciones que habían publicado hasta ayer.

El «Popolo d'Italia» afirma que los evadidos se presentaron en las líneas de los legionarios italianos al grito de «¡Nacionales!».

«Corriere della Sera» dice que las

cosas ocurrieron así, en efecto, pero que a quien se presentaron los evadidos fué a los moros.

De todos modos, es igual. En fin de cuentas, los «nacionales» habrán podido convencerse «de visu» de la total ausencia de «nacionales» en las filas «nacionales».

La Prensa italiana acusa a Belarmino Tomás y a los dinamiteros asturianos de ferocidad por haber derrotado a los facciosos en Teruel, e, hipócritamente, el «Corriere della Sera» dice que se carece de noticias del santo varón —el obispo— y de otros 600 hombres que «sin duda han sido asesinados por los «rojos», por negarse a la rendición en el Seminario».

A pesar de toda su literatura, los fascistas se ven obligados a confesar que por espacio de veinte días han estado sirviendo a sus lectores mentira tras mentira.

Las deserciones en la zona facciosa son «hechos que no tienen nada de particular»

Lucerna, 12. — Una casa editorial de esta ciudad ha recibido aviso de sus corresponsales en Leipzig de que, en lo sucesivo,

no podrán entrar en Alemania los textos alemanes de los discursos de Roosevelt y Baldwin, editados por la mencionada casa. Igualmente queda prohibida la entrada en el Reich de las traducciones alemanas de unos libros de Paul Claudel y Jacques Maritain, editados también por la mencionada empresa. — Fabra.

Nubarrones sobre las Riberas del Tíber

LA IGLESIA Y EL "DUCE"

Roma, enero. (De nuestro corresponsal particular.) — A la vez que adversario de la monarquía, el «Duce» fué un enemigo encarnizado de la Iglesia católica y de la religión cristiana. Ya en 1904, cuando tenía veinte años, publicó un folleto titulado «Dios no existe», en el cual proclamaba: «Dios es la creación monstruosa de la ignorancia humana»; Cristo probablemente no existió, y si vivió, fué un espíritu pequeño y mezquino... capaz tan sólo de evangelizar a una docena de mendigos vagabundos, hez de Palestina».

En esa época, el joven Mussolini también demostraba prácticamente, en los mítines, la inexistencia de Dios. Ponía el reloj sobre la mesa y declaraba sencillamente: «Si Dios existe, le doy cinco minutos para matarme.» Esperaba el veredicto celeste frente a los espectadores turbados o divertidos. Pasados los cinco minutos del ultimátum, Mussolini volvía a guardarse el reloj y decía triunfante: «Ya veis, camaradas, Dios no existe».

Más tarde renunció a esa clase de experiencias, pero escribió una novela: «La amante del Cardenal», que no era modelo de ortodoxia católica. En 1920 fué acusado por dos de sus redactores de haber enviado por correo bombas al arzobispo de Milán, cardenal Ferrari.

Por lo demás, en el programa del «Fascio» (1919) estableció ya «la incautación de todos los bienes de las asociaciones religiosas y la supresión de todas las misas episcopales».

Durante la agitación y las «expediciones» fascistas de 1921-23, muchos sacerdotes fueron heridos y uno de ellos fué muerto. Los católicos populares sufrieron casi tanto como los socialistas. En 1924, los círculos católicos de Lombardía del Norte—de donde es originario Pío XI—fueron salvajemente demolidos e incendiados, porque las elecciones ordenadas por Mussolini, que él vigilaba desde Milán, demostraron la potencia de las organizaciones confesionales y no fascistas de esa región. El Papa, indignado, protestó públicamente y envió 500.000 liras al Consejo Central de Acción Católica. El «Duce» le respondió con alusiones sarcásticas a su estrecho «espíritu de campanario».

Pero en seguida el dictador comprendió que era necesario un compromiso entre el fascismo y la Santa Sede, y comenzó por exaltar, ante la Cámara de Diputados, «la inmensa contribución de la Iglesia a la grandeza italiana». El Papa y el «Duce» llegaron a Roma, procedentes de Milán, el mismo año de 1922, y Pío XI (por primera vez desde 1870) bendijo a la muchedumbre romana desde la logia exterior de San Pedro. Ya no estaba sino preso a medias. Los dos jefes tenían aversiones comunes contra la democracia—a menudo anticlerical—, masonería, los judíos y los protestantes. El papado sentía la necesidad de garantizarse contra la vuelta del liberalismo laico y, sobre todo, contra el peligro comunista; y estaba pronto a fingir olvidar que el fascismo y su culto por el Estado pertenecían a la ideología pagana, o, por lo menos, a protestar muy débilmente contra este inconveniente. Musso-

lini, por otra parte, tenía urgente necesidad del apoyo de la organización católica para consolidar su situación interior y exterior. Renunció a su antiguo ateísmo, se hizo piadoso, contrajo matrimonio canónico, hizo bautizar a sus hijos, restableció el crucifijo y volvió a instituir el catecismo en las escuelas.

La Iglesia colaboraba al propio tiempo en la asfixia de los sentimientos nacionalistas de las minorías alemanas del Tirol meridional y de las poblaciones eslavas de Istria.

Pero el acuerdo práctico encontraba serios obstáculos. Todavía en 1927 escribió el «Duce» en el «Foglio d'Ordini» que «no restablecería el poder temporal del Papa ni en la forma más reducida». Y en 1928 afirmó en el «Popolo d'Italia» que la única revisión posible de la Ley de garantías era su supresión; Su Santidad podía muy bien abandonar Roma si lo deseaba, y marcharse al demonio...

A pesar de todo eso, la «entente» entre la Santa Sede y el fascismo condujo, por fin, después de laboriosas negociaciones, al acuerdo de Letrán (1929), el cual otorgó al Papa la soberanía de la ciudad del Vaticano y una indemnización de 1.750 millones de liras. Un documento anexo, el Concordato, aseguró al papado una especie de monopolio religioso en Italia.

Naturalmente, el compromiso no podía resolver la contradicción fundamental entre la moral cristiana y la doctrina fascista. Incidentes bastante graves «estallaron» después entre el «Palazzo Venezia» y el Vaticano, sobre todo a propósito de la educación de la juventud.

Las relaciones entre los dos poderes mejoraron después, y la Iglesia fué llevada poco a poco a una especie de cooperación con la Italia fascista en el dominio de la política interior y de la extranjería. El Papa condenaba «el horrendo fetiche del liberalismo», «la paz de sangre, ni justa ni duradera»; y exaltaba «la muy noble misión del «Duce»... para la reconstrucción del mundo». (En 1931).

Lo que León XIII había previsto en su testamento político era ya una realidad: la Santa Sede, amiga del Gobierno italiano, se convertía en su esclava; la supranacionalidad de la Iglesia estaba en peligro.

En efecto, durante la aventura de Etiopía y sus complicaciones, el Papa (con prudencia, ya que tan a menudo ha condenado la guerra), los prelados, l'«Osservatore Romano» y los nuncios hicieron cuanto pudieron para justificar y facilitar la empresa, en nombre de la civilización y del derecho de Italia a un «lugar suficiente al sol».

El católico Sir Robert Vansittart fué el autor del plan Laval-Hoare, al que no fué ajeno el Vaticano.

Además, la Santa Sede prestó a la Italia fascista una ayuda decisiva para la expansión de su influencia en Austria, Hungría, Polonia, Suiza, España, Irlanda, América del Sur, etc. El ascendiente del «Duce» sobre Dollfus y Schuschnigg se debe en gran parte a la acción del Vaticano, interesado en el más alto grado en conservar la integridad de los

Estados católicos amenazados por el empuje pagano del hitlerismo.

La primera disensión política sería entre Mussolini y la Santa Sede (en donde el hábil cardenal Pacelli, especialista en asuntos germánicos, sucedió al viejo cardenal Gasparri) se produjo cuando la constitución del eje Berlín-Roma lesionó los intereses espirituales y políticos de la Iglesia. El Papa tuvo entonces la impresión clara del peligro que el fascismo — unificado con el racismo y el hitlerismo anticatólico — representa para el Vaticano y para el mundo.

Las tendencias del Estado totalitario mussoliniano y las del papado entraban, pues, en una fase de contradicción aguda. Hitler se encargó de hacer todavía más grave este contraste, ya con la persecución encarnizada de los católicos en el interior del Reich, ya con sus esfuerzos de expansión en Austria y en Checoslovaquia, en donde el Vaticano se ha situado abiertamente contra el Anschluss y la intromisión alemana.

Pío XI comenzó por demostrar su descontento con respecto al fascismo, colocándolo en sus alocuciones al mismo nivel que el comunismo: el uno ateo y materialista, el otro totalitario (contra los sagrados derechos del individuo), idólatra y pagano. Roma y Berlín no concedieron suficiente importancia a los indicios de la amargura papal. El Santo Padre envió al cardenal Pacelli, su secretario de Estado, a París, en donde se cambiaron frases muy significativas sobre las ventajas de la democracia. Otros prelados y agentes del Vaticano siguieron el camino y la inspiración de su jefe.

El «Duce» comprendió. Preocupado también por un considerable malestar interior, cuya profundidad y extensión mide, Mussolini lanzó en su periódico una «admonición solemne» contra «ciertos católicos ondulantes», a los cuales prometía una lección.

Pero el Papa, conservando siempre dentro de su alma una ternura especial para Italia, estaba cada vez más preocupado por el peligro que corrían los intereses permanentes de la Iglesia. Ultimamente, en Castel Gandolfo, expresó a un íntimo amigo su inmenso pesar por haber creído en el «Duce» y en el fascismo y haberlos apoyado cuando estaban en peligro. Con las lágrimas en los ojos, y hasta olvidando el tradicional Nos, dijo con gran tristeza: «Ahora soy demasiado viejo y estoy enfermo; no puedo ya luchar y temo que Dios no me perdone esta culpa.»

Demostraciones de una nueva tendencia se han manifestado en el Vaticano, en donde se tiene la impresión de estar por encima de las pasiones de la ciudad mussoliniana. «L'Osservatore Romano» publicó y comentó favorablemente las afirmaciones — ignoradas por la prensa fascista — de Roosevelt, Chamberlain, Eden y Delbos en defensa de la democracia y de las libertades públicas y condenando las teorías y prácticas de los Estados totalitarios.

El arzobispo de París ha podido hablar francamente de los derechos de los individuos y de la dignidad humana, en un sentido netamente no fascista. Este mismo prelado interpretó también el

pensamiento de Pío XI, el cual, con importantes reservas doctrinarias y prácticas, no rechaza ya «la mano tendida» de los comunistas.

En su mensaje de Navidad, el Santo Padre acusó a Alemania de persecución contra la Iglesia. Fué al gran aliado del «Duce» a quien denunció el papado al mundo; fué a la fuerza preponderante del eje Roma-Berlín, a la que acusó de impiedad. Mientras tanto, se hacía en otra parte, y en nombre del Papa, la apología de la personalidad humana y hasta de la libertad de conciencia. Son fenómenos nuevos que se repiten con desusada insistencia en las márgenes derechas del Tíber. El observador tiene el deber de tomar nota de ello.

Sin duda, Mussolini tiene muchas posibilidades de maniobra. Comenzó por amenazar, sin buen éxito; hará valer otros argumentos y nada excluye la posibilidad de que pueda lograr un nuevo «modus vivendi» con la Santa Sede. Las condecoraciones otorgadas en estos días por el Papa al conde Ciano y al mariscal Balbo (1) demuestran que el Gobierno fascista no ha renunciado a las presiones y a las intrigas.

Por otra parte, la Santa Sede nos tiene acostumbrados a sus contemporizaciones y a sus virajes tácticos. Pero esta vez están en juego grandes intereses temporales e ideológicos. Además, al

Papa no le agrada estar del lado de los fautores de una guerra mundial.

El «Duce» puede confiar en el hecho de que el Soberano Pontífice es mortal, y está ya muy viejo y gravemente enfermo. Pero es muy dudoso que el eventual sucesor de Pío XI pueda mejorar las relaciones entre el Vaticano y los Estados fascistas, sobre todo si Hitler no cambia de táctica. ¿Puede cambiarla?

El cardenal Pacelli podría llegar a ser papa o, en todo caso, conservar una influencia dominante en la política general de la Iglesia.

Aquí se tiene la impresión que la Santa Sede ha comprendido, al fin, lo que jamás debió olvidar: que una institución de carácter universal y perpetuo, suprema autoridad moral, no debe asociarse o confundir su destino con una aventura pasajera que puede tener un desenlace repetitivo y trágico. El Vaticano, pues, toma precauciones.

Y éstas no son, por ahora, grutas al fascismo y al hitlerismo. MICHEL VALDEAU («L'Ordre», 7-I-38.)

(1) Esta condecoración del mariscal Balbo recuerda que el único sacerdote muerto por los «camisas negras» fué Dom Minzoni, hermano de la guerra, asesinado en Argentina, provincia de Ferrara, el 23 de agosto de 1923. Se acusó del crimen a algunos milicianos, íntimos amigos de Balbo, a la sazón generalísimo de la milicia fascista. Un proceso que se siguió en Roma en noviembre de 1924, demostró que Balbo daba por escrito a esos mismos amigos órdenes de realizar «apaleamientos en toda regla» contra sus adversarios.

¡LA DICTADURA ES IGNORANCIA!

La instrucción bajo el signo de Oliveira Salazar

Desde los primeros años de la República, se consideraba obligatoria la instrucción primaria. Siempre trató la República, a pesar de todas sus deficiencias, de aumentar el número de escuelas y de maestros, de facilitar el acceso, sobre todo a la población rural, a los centros de enseñanza y de abaratar los libros, facilitar material escolar a los niños pobres, crear cantinas en donde los niños pudieran comer más económicamente, etc.

El advenimiento de la Dictadura lo cambió todo. Una de sus notabilidades más representativas, el Dr. Alfredo de Magalhães, siendo ministro de Instrucción Pública, proclamó que el pueblo tenía más enseñanza de la que necesitaba y que lo que verdaderamente le hacía falta era religión. Sin embargo, nunca tuvieron bastante valor los gobernantes para poner en práctica esa política oscurantista de nuestro fascismo, hasta hoy, en que Carneiro Pacheco, brazo derecho de Salazar, se decidió a afrontar el problema en serio y empezó la obra de analfabetización del pueblo portugués.

En su reforma de la Instrucción primaria, decretó que ésta fuese obligatoria, e hizo gran alarde de esa medida que, en fin de cuentas, no tenía ninguna novedad. La instrucción primaria era ya obligatoria desde hacía mucho tiempo. Sin embargo, la realidad era muy distinta a lo que la ley, según la vieja táctica fascista, decía. Transcurridos algunos meses, sin que la pren-

sa dijera nada, en medio del mayor silencio, para que nadie se enterara, las maestras de las escuelas oficiales dieron por terminada la educación de los niños de la clase elemental. El pueblo podía darse por satisfecho. No necesitaba leer. ¿Para qué? ¿Para saber la verdad y odiar todavía más a Salazar?

Como siempre, el Estado nuevo apela a la falsedad. Dice: «El que quiera puede continuar su instrucción hasta el final y examinarse». Así, en efecto. Pero sólo en las escuelas particulares, pagando altos precios. Estas escuelas, cada día más caras, están vedadas para los pobres, los cuales tendrán que contentarse con la clase elemental, sin tener siquiera derecho a examinarse.

Esto es un pequeño ejemplo de lo que ha sido la obra del Estado nuevo en materia de instrucción. En la segunda enseñanza y en los cursos superiores, cuya reforma se hará pronto, el escándalo es todavía mayor.

El pueblo portugués está sometido a la tortura de las fuerzas reaccionarias. Ni en los tiempos de la Inquisición, alcanzaron el oscuro tismo y la persecución oficial tal grado de violencia.

DORA BENSUAUDE («La Voz», Nueva York, 9-XII-37)

SE AUTORIZA la reproducción de cuanto se publica en este DIARIO.